

Los dilemas del caso Telegram

La detención en París de Pavel Durov, fundador de la red de mensajería Telegram, ilustra las complejidades y dilemas que plantea la tecnología moderna. Telegram opera de manera similar a WhatsApp, permitiendo que personas individuales o grupos intercambien mensajes. Tiene unos 900 millones de partícipes —50% más que X— y un 75% de la población rusa lo utiliza, además de ser un actor importante en Nigeria, Malasia, Indonesia y Arabia Saudita, pero sus usuarios se extienden incluso a Chile. La acusación es por no controlar actividad ilícita en su plataforma, como la distribución de material que expone abuso sexual infantil, ni colaborar con la justicia en identificar a usuarios sospechosos. Inicialmente, también se especuló que había motivos geopolíticos, pues Telegram se utiliza como diseminador de información y herramienta comunicacional del ejército ruso.

Elon Musk, dueño de X, dijo que esto formaba parte del combate a la libertad de expresión, pero el Presidente Emmanuel Macron aseguró que se trata de una investigación judicial sin base política. Durov fue puesto en libertad tras pagar una fianza de 5 millones de euros, aunque se le impide salir de Francia. El debate respecto de si es responsabilidad de los propietarios de la plataforma lo que terceros suban a ella o si la responsabilidad es solo de estos últimos, se ha ido zanjando en Occidente hacia los primeros. De hecho, Meta, dueña de Facebook e Instagram, tiene a 40 mil personas contratadas para vigilar contenidos, mientras que Telegram solo tiene 50 empleados en toda la compañía. En todo caso,

en chats como WhatsApp o Telegram, el contenido no es público y solo es visto por quienes intercambian mensajes, pero —paradójicamente para una red que se publicita como secreta— Telegram no está encriptado de extremo a extremo por defecto, de modo tal que —salvo que en cada diálogo se active esa encriptación— los contenidos quedan en los servidores de la empresa, lo que ha alimentado temores por sus eventuales vínculos con las autoridades rusas. Cabe advertir, sin embargo, que, tal como parece extendido su uso por agentes del cibercrimen, también ha sido una herramienta para la organización de grupos disidentes a gobiernos opresivos, con ejemplos que van desde Hong Kong a Bielorrusia.

El desenlace podría aportar nuevos criterios frente a un debate que es crucial.

Este caso ha puesto en vitrina la extravagante personalidad de Durov, cuya fortuna se estima en unos US\$ 15 mil millones. Con solo 39 años, suele eludir la publicidad —salvo cuando publica fotos propias a torso desnudo en Instagram— y vive en Dubái. Tiene ciudadanía rusa, árabe saudí, francesa y de St. Kitts, y reconoce tener unos 100 hijos biológicos nacidos por donación de espermios. Se le apoda el “Zuckerberg ruso”, pues creó una compañía similar a Facebook en Rusia, aunque luego fue forzado a venderla a cercanos al Kremlin. Fundó Telegram hace 11 años, lo que revela su genialidad tecnológica.

Este caso, que combina temas de tecnología de punta y de responsabilidad respecto del contenido de mensajes privados, con los peculiares rasgos de su persona, ha atraído atención mundial. Su desenlace podría aportar nuevos criterios en un debate complejo, pero ineludible.